

# UNA HISTORIA DE LA LUZ

JAN NĚMEC



**a**

errata naturae

# UNA HISTORIA DE LA LUZ

Esta novela extraordinaria, considerada un clásico contemporáneo en su país, narra la fascinante historia de un fotógrafo de la primera mitad del siglo XX llamado František Drtikol. A medio camino entre la ficción y la realidad -pues Drtikol existió: fue uno de los grandes nombres de la fotografía de su época-, estas páginas nos cuentan, y en ocasiones de manera trepidante, los detalles clave de una figura tan contradictoria como seductora: niño incomprendido en un pueblo minero, soldado que nunca llegó al frente en la Primera Guerra Mundial, fotógrafo mundialmente conocido, gran maestro del desnudo que nunca tuvo suerte con las mujeres, precursor del budismo en Europa...

Junto a la historia de su vida como artista, se nos muestra también aquí el desgarró íntimo de su búsqueda de lo absoluto. La relación de Drtikol con la luz fue la que lo acercaría, sin duda, a la mística: dentro de él convivieron siempre el deseo de belleza y la insatisfacción con la realidad.

Pocas veces, una novela de este tiempo -en un brillante recorrido por guerras, vanguardias artísticas y experimentos políticos- nos ha ofrecido una visión a la vez tan singular y tan atractiva del siglo XX. Pocas veces, una novela contemporánea ha sabido narrar con el mismo pulso la vida bohemia y la vida en el mundo rural, la pobreza y la riqueza, el amor y la muerte.

Título Original: *Dejiny sveétya*

Traductor: Buixaderas, Elena

©2014, Nemeč, Jan

©2019, errata naturae

ISBN: 9788417800000

Generado con: QualityEbook v0.84

Generado por: oleole, 07/03/2019

# Una historia de la luz

# Jan Němec

Traducción de Elena Buixaderas  
**errata naturae**

## Nota previa del maquetador\*

\* YA sé que no es ortodoxo incluir una determinada - y seleccionada- crítica dentro de la maquetación de los libros. Los muy inteligentes no soportan que alguien les sugiera el qué mirar o por dónde y que suelen ser los mismos que cuando se enfrentan a un cuadro vanguardista, “*moderno*” lo llaman ellos, afirman con una rotunda y estúpida afirmación, eso sí personalísima ignorancia, eso de “*esto es una mierda, no hay quien lo entienda; no se sabe lo que quiere decir.*”

Pues bien, yo pertenezco a la rama de los estúpidos y me gusta escuchar la voz de los maestros. Otra cosa es que después les haga caso, y creo que muchos otros tontos como yo lo agradecerán.

Además a todos ellos les aviso que esta maquetación es mía y personal. Escaneé el libro, lo limpié de casi todos los errores de OCR, coloqué uno a uno todos los signos, cientos, que enriquecen los nombres checos; eso me da la autoridad de hacer lo que quiera siempre que no manipule el *corpus* del libro, ni las intenciones del autor, que he visto libros donde el editor o el traductor se permiten reprender al autor por algunas afirmaciones.

Y al que no le guste que se compre el libro que vale 24,50€ e inicie el proceso, su proceso, de conversión.

### **Babelia**

El libro de la semana

José María Guelbenzu

(Babelia, 12/02/2019)

En esta novela original y valiente, el checo Jan Nĕmec explora en el extremismo de un espíritu creativo a partir de la biografía del fotógrafo František Drtikol

Esta poderosa novela presenta dos características singulares. La primera afecta a la figura del narrador, que utiliza la segunda y la tercera personas entremezcladas, un efecto expresivo muy infrecuente, sobre todo teniendo en cuenta que la segunda persona es la más difícil de trabajar. La segunda característica es que estamos ante una novela partida en dos (juventud y madurez), separada por un *intermezzo* (la guerra de 1914-1918). La intención de la novela es clara: contar la vida de un hombre entregado a una vocación que determina su dedicación en esta vida y contar la vida de un hombre que, en su deseo de ser, busca el absoluto.

František Drtikol, el héroe de esta narración, existió en la realidad; fue un fotógrafo de fama mundial en su época, la primera mitad del siglo XX. Jan Nĕmec no lo ha elegido por narrar su biografía, sino porque su personalidad encajaba perfectamente en la intención del autor, que no ha pretendido contar la vida de Drtikol, sino que la ha utilizado a su favor sin complejos ni cortapisas. No se trata, pues, de una biografía novelada, sino de la novela de un personaje que existió, sometido aquí al dictado creativo de la imaginación novelesca del autor, porque no es la realidad o verdad de Drtikol lo que interesa a Nĕmec, sino lo que podemos llamar el espíritu creador del artista, una representación de la vocación de un espíritu libre y extremo.

La primera parte de la novela abarca la infancia y juventud del joven Drtikol, un muchacho nacido en el seno de una modesta familia en un pueblo minero; dotado de una sensibilidad muy particular, le encanta dibujar. Al chico lo suele enviar su abuela a un sótano a por patatas y en el sótano hay un respiradero por el que entra la claridad; al incidir sobre las patatas, los brotes de éstas se alzan hacia la luz, hasta alcanzar el interior del respiradero; ninguno termi-

na su viaje hacia la claridad, pero “había algo aterrador en ello, en ese esfuerzo ciego por alcanzar la luz, que le hacía incapaz de apartarse de él”.

La fascinación por la luz llevará a este chico a estudiar fotografía, primero con un fotógrafo local, después en una academia en Múnich, donde hace vida de estudiante de escasos recursos con sus compañeros. La novela, a su vez, va adquiriendo un aire decididamente visual, y el despliegue de conocimientos fotográficos, que se carga de un vocabulario específico de difícil acceso para un profano, adquiere esa misteriosa fascinación que logran, por ejemplo, los buenos relatos del mar en las secciones en las que el autor describe morosa e implacablemente aparejos y elementos cuyos nombres propios son ajenos a los conocimientos del lector, pero lo seducen sin una queja.

Finalmente, Drtikol inaugura su propio estudio en Praga con un socio. Su primer éxito es un álbum de fotografías de la ciudad. Por entonces aparece en su vida Eliska, de la que se enamora; pero se enamora como lo hace un soñador que aspira a alcanzar la luz, esa luz que trata de dominar y dirigir con sus aparatos fotográficos, y eso provoca una confusión de pasiones: poseer el secreto de la luz y poseer el amor. Aquí es donde se parte la novela en dos por medio de un *intermezzo* en el que se cuenta el transcurso de la guerra por medio de una serie de cartas de exigencia de amor no correspondido. Un acierto muy sugerente.

En la segunda parte, nuestro héroe es ya un fotógrafo consagrado. La fotografía pasa a segundo plano, no porque la abandone, sino porque en ese camino al absoluto que toda ambición suprema conlleva debe dejar paso al hombre que busca la luz. Ahora la luz no es un símbolo, sino su realidad: el hombre que se busca a sí mismo. La ambición ahora la dirige hacia la luz interior, la búsqueda de su sentido en la vida, y, como es natural, entra en una fase de espiritualidad. Pero es un hijo del siglo, y así como su trabajo artístico entronca con las vanguardias, su alma conecta con los movimientos de la época: las religiones, el

espiritismo, el ocultismo, la teosofía y, finalmente, el misticismo; todo lo cual son pasos sucesivos de la búsqueda, pero resultan insuficientes; será sólo en el budismo donde empiece a encontrar un espacio adecuado a sus necesidades espirituales y de realización personal. En la vida real, Drtikol fue un introductor del budismo en Occidente.

Antes de este final habremos conocido el matrimonio del personaje con una primera bailarina checa. Ocupa una parte importante de la segunda mitad de la novela y conviene notar que se encuentra en este lugar porque, aparte de la adecuada temporalidad, lo que plantea muy bien es un clásico: el amor entre dos seres entregados a dos vocaciones artísticas distintas y la imposibilidad de conjugarlas, e incide en la soledad esencial del artista. Esta segunda parte, al tratar ideas, adquiere a veces un tinte ensayístico que quizá sea lo único reprochable.

Jan Němec es un escritor checo de 38 años. Pertenece a ese conjunto de novelistas que proceden del este de Europa, que plantean conflictos de gran calado y siguen dictando lecciones de valentía y originalidad en esta época de realismo repetitivo, narcisismo y muy escaso riesgo narrativo.



*A mis profesores*

«Amo una sola cosa, y no sé lo que es,  
y la he elegido porque no sé lo que es».

Angelus Silesius

«Al diablo con la primera persona».

Samuel Beckett

## Prólogo

UN día antes de que suceda estás sentado a la mesa en una cabaña minera de las afueras de Příbram. Al otro lado de la habitación hay una alacena blanca con la vajilla desportillada y un armario viejo repintado. En la pared cuelga una imagen religiosa, una bendición y una cruz de madera hecha con dos palos atados con un alambre oxidado. Unas prendas de ropa que parecen trapos están tendidas en una cuerda sobre la estufa. El suelo necesitaría un buen arreglo: bajo las tablas se oye el ruido de los ratones y las demás criaturas que tienen sus guaridas y escondrijos entre las grietas. Del respaldo de la silla cuelga un mono sudado de minero, y sobre él, un delantal de cuero con manchas. Hynek y tú miráis al ser durmiente que ha dejado las cosas ahí, y con gran concentración le enviáis un mensaje mental para que despierte. Está tumbado a lo ancho en un jergón del que sobresalen unas briznas oscuras de paja y respira con dificultad. Hynek silba con delicadeza; su padre ni se mueve.

Un *štufnverk*, la maqueta de una mina a modo de belén, sin terminar, descansa sobre una balda. Está al alcance de la mano; sin embargo, no podéis tocarlo estando solos. En un momento dado, Hynek no puede resistir la tentación y alarga la mano hacia dos figuritas de arcilla, dos fugitivos que están un poco apartados y que se deshacen al tocarlos. Te acerca uno, coges el muñequito con cuidado entre el pulgar y el índice y te inclinas sobre él.

¿Has estado alguna vez en la ciudad de plata?, susurras como si hablara él. ¿En la puerta de plata?

Allí llega solamente una galería, y la vigila San Procopio con un diablo encadenado; pero yo me sé el santo y seña, murmura Hynek con la otra figurilla desnuda en la mano.

Pues dilo.

¿Qué cuchicheáis por ahí, chicos?, se escucha en un rincón de la habitación.

Hynek se alegra:

Padre, ¿ya no duerme?

Dios santo, ¿qué está pasando?, exclama el hombre sentándose en la cama. ¿Ya está el hijo de Hokynar aquí con nosotros otra vez?, pregunta mientras se rasca con las manos sarmentosas su velludo pecho. Bueno, cualquier ayuda nos viene bien, pero luego te vas a comer a tu casa...

Hynek corre a por una jarra con agua y el padre se lava la cara tan vigorosamente que salpica incluso la basta pared que está detrás. Se frota luego las axilas y con dificultad va hasta la mesa, coge el mono de minero de la silla y lo tira sobre la cama. Después se sienta y echa un vistazo a su alrededor, como si todo lo viera por primera vez, o como si tuviera que asegurarse primero de que todo está en su sitio. Lo está; echa una ojeada de intendente adormilado al cuarto en penumbra: el cuadro de la madre de Dios, un bordado, un cazo, un calendario; junto a una pata de la mesa se acurruca un gato dormido; junto a otra, un montón de tierra. El padre de Hynek lo coloca sobre la tabla de la mesa, que está rayada, y lo humedece.

Todas las personas son de tierra, Adán fue creado con arcilla, recita, se santigua, enciende el quinqué y después agrega: Necesitamos aún unos diez o doce.

Luego sale a orinar al patio.

En la estancia reina la penumbra, a pesar de que sólo es mediodía; las ventanas son pequeñas, es más importante retener el calor que la luz. La arcilla se ablanda suavemente en las manos, su humedad a veces atrae el reflejo de las lla-

mas, y tú intentas introducirlo en su interior con los dedos. Dar forma a las figuras se te da algo mejor que a Hynek. Tomas un trozo de arcilla y haces un cilindro con el que luego sigues trabajando. El padre de Hynek a veces te asesora, y por ello sabes que piensa que eres el más hábil de los dos, mientras que, aunque siempre tiene que arreglar lo que hace Hynek, casi nunca le dice nada. Trabajas con un cuchillito pequeño con el mango desgastado, con el filo separas los brazos del tronco y una pierna de la otra; alguno de los mineros, los picadores, tienen que estar con las piernas muy abiertas para apoyarse bien en la roca, el vigilante también está de pie pero con las manos en los bolsillos, y otro minero, un corredor de recias piernas, espera a que le llenen la vagoneta.

¿Qué tal la escuela?, pregunta el padre de Hynek.

Fran ha estado castigado.

No he preguntado por él, sino por ti.

Ha sido una injusticia, insiste Hynek.

Hynek lo sabía, dices tú, e intentas apartar la vista del pulgar deformado del padre de Hynek, con una uña arrugada de la que se está quitando la suciedad.

Finalmente el *štufnverk* peregrina desde la balda hasta la mesa. Te arrodillas en la silla para verlo bien. Al inclinarte, la mesa se te clava en el costado.

El *štufnverk* tiene varios pisos y en total mide más de un metro. Parece una montaña agujereada, o un nido de avispas roto; hace falta tener cierta imaginación para entender que en realidad lo que está ahí, delante de uno, es una maqueta de una mina, pero como si estuviera del revés. En los mercados y en las ferias de montaña se suelen encontrar piezas mucho más trabajadas, con figuras de madera talladas con filigranas y diversos chismes mecánicos que muestran ingeniosamente cómo funciona la mina; los maestros de por aquí ganan una buena pasta con ello. Pero hasta en el *štufnverk* del padre de Hynek los mineros que pululan por los diferentes niveles tienen unos bonitos uniformes, y en el nivel principal se ven unas vías brillantes, hechas con

dos cables. Sobre la tierra hay piedritas, pegadas desde fuera, trozos de cuarzo, mica brillante y, por supuesto, mena de plata, la sal de la tierra de este lugar. De arriba sale la galería principal, y dentro hay unas cuantas maderitas, dispuestas con torpeza, que indican el engranaje de la escalera mecánica y las galerías; la escalera mecánica parece más bien una escalera fija. Pero lo que llama la atención enseguida son los rostros de los mineros, pintados de amarillo, algo que da a los hombres de las profundidades una expresión casi supraterrrenal, como la que tienen los santos en los cuadros de aficionados. No es una casualidad, los fabricantes de *štufnverks* lo aprendieron todo de los fabricantes de belenes, y a veces una figurilla de un minero o de un peregrino se muda adonde hace falta, a un belén o a un pozo.

Un día antes de que suceda, el padre de Hynek añade un par de homúnculos donde hay sitio libre, gruñe y termina de dar forma a algo. Después, saca del horno un pan asado de dos kilos y en su lugar coloca a esa cuadrilla que habéis amasado vosotros.

Mientras estaba durmiendo murmurabais algo sobre la ciudad de plata, les suelta. Bueno, traedme una cerveza...

A este lado de Přebíram se apelonan cabañas mineras miserables, a veces son más bien chozas. Están separadas por caminos embarrados con una hilera de hierba en medio, y apesta a animales y a basura. Los mineros, que, como el padre de Hynek, han estado en el turno de la mañana, salen a las puertas, fuman, arreglan algo; las mujeres, a su lado, dan de mamar a los bebés o cortan patatas y las echan a una cazuela, llevan el pelo pegado en la frente; alrededor husmean unos perros. Es finales de mayo, por el camino vais dando patadas a los dientes de león florecidos, y sus semillas blancas salen volando en todas direcciones. El ruido hace retumbar la posada, los mineros se limpian el polvo de piedra de los labios echándoselo al gaznate, para que no llegue a los pulmones, y por las noches lo orinan melancólica y dolorosamente bajo el todopoderoso cielo, pero tú sólo te percatas del dulce y rojizo interior de sus

bocas. Por el camino bebéis un poco de cerveza y luego el padre de Hyněk os sirve otro poco. Después cuenta historias sobre mineros que deberían haber muerto hacía tiempo, cuando una tromba de agua se precipitó desde las rocas por debajo de la tierra cientos de metros y transformó los túneles en salvajes torrenteras. En realidad, se salvaron de milagro porque eran piadosos y rezaron con fervor, y desde entonces sus descendientes viven en la ciudad de plata, debajo de la tierra. Cuando llegue el momento saldrán a la superficie y, armados con escudos de plata, gobernarán la tierra.

Allí todo reluce tanto que basta con poner un quinqué para iluminar toda la plaza, dice el padre de Hyněk. Allí todos los caballos tienen cascos de plata, forjados en un fuego blanco, y tintinean al trote. En uno de esos caballos, que no es como nuestros caballos de las minas, que están ciegos por la oscuridad; bueno, pues en uno de esos hermosos caballos llega el príncipe de plata. Y ese príncipe tiene que ponerse una armadura oxidada y con ella ganarse la corona de oro...

Te sabes esa historia de memoria, pero te gusta escucharla una y otra vez. En tu casa estas leyendas mineras no se toman en serio, ni nadie cuenta chistes groseros sobre enanos mineros.

Pero ¿de dónde va a sacar una corona de oro?, pregunta siempre Hyněk. Tiene que ir por una galería secreta hasta la ciudad de oro, que está aún más abajo, para que se la den sus habitantes.

Benešov, Praga, Viena, la ciudad de plata, la ciudad de oro, París, San Petersburgo...

Un día antes de que suceda sacáis las figuras del horno. Te quedas decepcionado. Están rajadas, negras por el humo, y algunas tienen una cabeza muy fea, parece una cuadrilla que regresara de algún accidente en los túneles, unos desesperados sacados de las profundidades. Los enfriáis en agua, pero es en vano, elegís los tres mejores y el padre de Hyněk quiere echar el resto al fuego. Te dan un poco de